



SALVATE,
LOLA
ANIA FRANCOS

Annotation

Desde hace tres años, Lola, una abogada francesa de origen judío, sobrevive a un cáncer de mama que ha minado su cuerpo. La enfermedad la introduce en un mundo de desesperación que reaviva las frustraciones y los deseos no realizados en el pasado. En su madurez, madre soltera de un hijo de trece años, rememora los tiempos de la obsesiva 'Lodja': infancia en la que vivió la persecución de su pueblo y mitificó la presencia amada de su padre. Pasado y presente llegan a mezclarse de tal modo que el cáncer es visto como un vagón blindado hacia un destino desconocido, pero las deportaciones de los judíos a Auschwitz también significan miedo y éste es, precisamente, el enemigo de Lola. A sus cuarenta años, la vida empieza cuando descubre la certeza de su muerte, la evidencia de los desahuciados hacia un viaje sin retorno. Entre ellos, la existencia humana tomará un valor diferente; conseguirá la solidaridad entre mujeres de distinta clase social, más allá de razas, credos o costumbres intrínsecas a cada una de ellas. Partiendo de su propio drama, Lola nos ofrece un juego de espejos, de imágenes paralelas, por los que se reflejan Marie-Aude, Marianne, Zubeida, la pequeña Anna o la añorada France. Son mujeres con una experiencia individual, unidas ahora por un destino común, enlazadas en una relación fuera de los límites de lo cotidiano, puesto que su tragedia modifica el sentido de la realidad.

Lola intenta objetivar el presente sintiéndose su heroína, casi de un modo cinematográfico o literario. La vida, una vez más, le ofrece transformarse en lo que hubiera deseado ser, tal vez, amarga ironía, su, idolatrado amigo Simon Bergman.

El mundo es un gran cáncer, como lo era ser judía (pensaba la pequeña Lodja), y hay que aceptarlo para po-

der vencerlo. En la plena consciencia de su enfermedad, desde su 'privilegio', Lola y sus compañeras celebran su enfrentamiento con la muerte y huyen del futuro. La cuarentona judía Friedlander decide aceptar las células cancerosas en su cuerpo como decidió aceptar su sexo femenino. Pero esta vez aceptar significa transgredir la temerosa Lodja, las obsesiones individuales, las culpabilidades sin causa, descubrir que no es la muerte lo que la acecha sino el miedo al miedo. Mientras, en el exterior, la violencia del mundo parece congratularse con la amargura de Lola, con este colectivo de mujeres conectadas por un drama común.

Esperas, ansiedades de un grupo maldecido por el azar, se combinan y confunden en esta obra profundamente emotiva. Su autora, Ania Francos, se adentra de forma directa en una temática actual, punzante y cálida al mismo tiempo, para plantear no sólo un diálogo con la muerte, sino la búsqueda de un espacio vital e inducirnos a una esperanzadora reflexión sobre la vida.

ANÍA FRANCOS

Sálvate Lola

Traducción de Concha Serra Ramoneda

Ediciones B, S.A.

Sinopsis

Desde hace tres años, Lola, una abogada francesa de origen judío, sobrevive a un cáncer de mama que ha minado su cuerpo. La enfermedad la introduce en un mundo de desesperación que reaviva las frustraciones y los deseos no realizados en el pasado. En su madurez, madre soltera de un hijo de trece años, rememora los tiempos de la obsesiva 'Lodja': infancia en la que vivió la persecución de su pueblo y mitificó la presencia amada de su padre. Pasado y presente llegan a mezclarse de tal modo que el cáncer es visto como un vagón blindado hacia un destino desconocido, pero las deportaciones de los judíos a Auschwitz también significan miedo y éste es, precisamente, el enemigo de Lola. A sus cuarenta años, la vida empieza cuando descubre la certeza de su muerte, la evidencia de los desahuciados hacia un viaje sin retorno. Entre ellos, la existencia humana tomará un valor diferente; conseguirá la solidaridad entre mujeres de distinta clase social, más allá de razas, credos o costumbres intrínsecas a cada una de ellas. Partiendo de su propio drama, Lola nos ofrece un juego de espejos, de imágenes paralelas, por los que se reflejan Marie-Aude, Marianne, Zubeida, la pequeña Anna o la añorada France. Son mujeres con una experiencia individual, unidas ahora por un destino común, enlazadas en una relación fuera de los límites de lo cotidiano, puesto que su tragedia modifica el sentido de la realidad.

Lola intenta objetivar el presente sintiéndose su heroína, casi de un modo cinematográfico o literario. La vida, una vez más, le ofrece transformarse en lo que hubiera deseado ser, tal vez, amarga ironía, su, idolatrado amigo Simon Bergman.

El mundo es un gran cáncer, como lo era ser judía (pensaba la pequeña Lodja), y hay que aceptarlo para poder vencerlo. En la plena consciencia de su enfermedad, desde su 'privilegio', Lola y sus compañeras celebran su enfrentamiento con la muerte y huyen del futuro. La cuarentona judía Friedlander decide aceptar las células cancerosas en su cuerpo como decidió aceptar su sexo femenino. Pero esta vez aceptar significa transgredir la temerosa Lodja, las obsesiones individuales, las culpabilidades sin causa, descubrir que no es la muerte lo que la acecha sino el miedo al miedo. Mientras, en el exterior, la violencia del mundo parece congratularse con la amargura de Lola, con este colectivo de mujeres conectadas por un drama común.

Esperas, ansiedades de un grupo maldecido por el azar, se combinan y confunden en esta obra profundamente emotiva. Su autora, Ania Francos, se adentra de forma directa en una temática actual, punzante y cálida al mismo tiempo, para plantear no sólo un diálogo con la muerte, sino la búsqueda de un espacio vital e inducirnos a una esperanzadora reflexión sobre la vida.

Título Original: *Sauve-toi Lola*

Traductor: Serra Ramoneda, Concha

Autor: Francos, Ania

©1987, Ediciones B, S.A.

ISBN: 9788477354192

Generado con: QualityEbook v0.87

Ania Francos

Sálvate Lola

TÍTULO de la edición original: *Sauve-toi Lola*

Traducción del francés: Concha Serra Ramoneda

Ediciones B, S.A.

Año de edición: 1987

ISBN: 84-226-252

Para Vital Scapa

Verdaderamente, no hay nada que decir de la muerte

GEORGES BATAILLE

1

«TENDREMOS mucho tiempo para descansar en el cementerio, Lola», me decías con tu gracioso acento del Ariège (¡ay, esta lánguida afirmación que se escapa de tu boca roja como el fuego!). «Sí, tendremos toda la muerte para dormir», repetías cuando volviendo de la quimioterapia yo me resistía a seguirte en tu minucioso repaso a los escaparates del centro comercial Galaxia por donde unos quinquis asiáticos, tomándonos sin duda por anémicos travestidos, rastreaban nuestra pista hasta la parada de las ambulancias Guedj-Frères.

Bueno, tú ya descansas, querida mía. A la sombra de las rosadas cúpulas. No está mal tu última morada, avenida Oeste, décima fila, en este pequeño cementerio cuya entrada principal da a una agencia de viajes.

Sentada sobre la tumba blanca de un tal Michel Soulas, fusilado por los nazis el 16 de agosto de 1944, pienso en ti, en nosotras, en nuestra pandilla tan diezmada, de la que yo soy una de las últimas supervivientes. ¿Recuerdas el libro de Mary MacCarty que narraba la historia de un grupo de estudiantes americanas en 1933? Nosotras no somos *Vassar thirties*, sino *Malcourt-sur-Seine eighties*. Curiosa universidad en la que se aprende a vivir en el momento de morir. No está mal tu sepultura, encajonada entre el suntuoso mausoleo de mármol rosa y oro de un consejero de Estado y la tumba deteriorada por el tiempo de una tal Louise Mathilde Perry, nacida el 15 de agosto de 1830 y fallecida dos años y medio más tarde. En aquella época abundaban los epitafios. Escucha estas palabras grabadas: «Niña querida, no has conocido más que las caricias de tu padre y de tu tía. A los seis meses ya no tenías madre. Desde entonces dos llagas sangran en mi corazón. Tú llenabas

de dicha mi vida. Sin ti, mi alegría, mi reposo, mi existencia se han desvanecido...»

Sobre el panteón familiar de tu esposo, monumento bastante reciente de mármol negro cubierto por una gran cruz del mismo color, hay una inscripción en letras doradas: «Familia Detrez.» Al lado de los nombres de tus suegros, de tu tío abuelo y de tu tía, no ha habido tiempo de añadir: «France Detrez: 7 de julio 1942-22 de agosto de 1982.» Sí, pertenecías al signo de Cáncer.

Cubierta de flores, eres mi hermosa amada. Voy a describir tu floreado tapiz: enredadera de campanillas de color rosa pálido, clavelinas moradas, dalias blancas, el rosal amarillo de tu balcón, caléndulas anaranjadas y crisantemos azulados.

Conducido por un chófer de aspecto mafioso, un Mercedes metalizado se detiene delante de mí. Una hermosa mujer rubia con los ojos ocultos tras unas gafas de aviador con puente de cuero rojo y enfundada en un pantalón de piel fucsia, abre la portezuela y arroja sobre una tumba anónima un manojo de gladiolos de Nancy.

Acodada sobre esta piedra me siento cómoda. Me gusta descansar en el jardín de los muertos, sobre todo en septiembre a las horas de frescor, un poco antes de que los guardianes inicien su ronda para anunciar a los necrófilos la hora de cierre.

La has palmado a la chita callando, zorra, *you took your slow boat to China*. Desde hace tres años estoy en esta lenta galera, en este junco que me-llevará a mí también a Cantón; os ponéis todos de acuerdo para diñarla en agosto a mis espaldas. ¿No hay bastantes médicos? ¿Será que los amigos están de vacaciones y los cancerosos, como los perros, mueren en verano?

En septiembre, tú lo sabes, France, espero la «nueva metástasis» como otros esperan en noviembre el «beaujolais».

«Oh, Lola —me decías—, deja de imaginar historias. ¿No te basta con lo que tienes? ¡Vive!»

Desde ayer me he inventado una nueva tortura: toso y creo que el aire entra con dificultad en mis pulmones. Andando por la calle Rosiers a la búsqueda de un vendedor de pasta fresca, Mado me proponía, ahora que mi remisión parecía prolongarse, volver a trabajar en el bufete y colaborar en la defensa de una pobre japonesa acusada de posesión de explosivos o de no sé qué estupidez. Yo escuchaba mi respiración y la encontraba extraña. Una vez llegada a la pastelería *ashkénaze*¹ de Finkelstein, el único que sobrevivió a la invasión de *makrout*² y de bocadillos tunecinos, (*¡Bah, el barrio ya no es lo que era, mi querida Friedlanderoval*), y ya en la esquina de la calle Hospitalières-Saint Gervais, me sorprendí a mí misma deseando que dos sicarios vestidos de verano aparecieran corriendo ágilmente por el centro de la calzada, y adelantándome me rociaron —A MÍ SOLA— con una ráfaga de balas Makarov, surgida de un fusil ametrallador polaco W.3.63.

¿Cuántos meses han pasado desde el principio de nuestra común aventura? Ya no lo sé. ¿Mil cien breves días? ¿Treinta y seis cortos meses? ¿Apenas tres años? ¿Ya tres años? La cuenta atrás ha empezado hace tiempo. Están los años luz, los años equinocciales, los años astronómicos, el año eclesiástico, los años siderales. Y los años del cáncer. Tan largos. Tan breves.

No sabes, France, de lo que te has librado. Además de los atentados tuvimos tormentas este verano en Córcega, incendios en el Midi, miles de accidentes de carretera, caídas de helicópteros, catástrofes aéreas, erupciones de volcanes, las represiones policíacas y por supuesto los bombardeos sobre Beirut.

«Olvidaba usted el sarampión y el certificado de estudios», diría nuestro querido Anatoli, el pope griego capellán del hospital.

En realidad debo confesarte, France mía, que soy una verdadera guarra. Cuantos más muertos hay más me alegro en secreto. No soy yo, es ella, son ellos. Yo me escapo de las estadísticas.

«Pasaba lo mismo en el campo de concentración —me dijo tía Rivke—. Siempre estábamos tristes cuando moría un camarada pero al mismo tiempo nos decíamos: yo estoy aquí. Todavía no me han cazado.»

Mi tía la superviviente suele repetirme: «Vivir es un deber sagrado. Pórtate como yo en Birkenau. Convéncete a ti misma de que estás viendo una película, de que estás leyendo un libro.»

Sí, ya lo sé: sería mejor que escribiera en lugar de desvariar. «Haz esto por mí, Lola —me decías—. Una abogada puede también ejercer de testigo. ¿Acaso nadie se acordará de nosotras?»

Yo podría susurrarte aquellas palabras escritas sobre la tumba contigua: «Hasta pronto.» Pero es falso. No tengo ningunas ganas de palmarla.

Un minuto más, por favor, señor verdugo...

2

POR PRIMERA vez estaba segura: yo lo diría todo bajo tortura. ¡Oil ¡Vei! ¡Mameniu! A pesar de las dosis masivas de analgésicos, qué mal lo estaba pasando. Por mucho que me apoyara en un bastón, a cada paso que daba me sentía traspasada por un dolor lancinante. Si por lo menos hubiera podido localizar el origen del mal: ¿Columna vertebral? ¿Riñones? ¿Hueso ilíaco? ¿Cuello del fémur? ¿Intestinos? ¿Ovarios? ¿Útero? ¿Vesícula? ¿Clitoris? ¿Chichín?

Estaba dispuesta a confesar todo lo que quisieran: a Goldman, a Curiel y a toda la *mishpokhe*, los había asesinado yo. Hacía unas semanas había colocado delante de la sinagoga de la calle Copérnico, sí, yo, siempre yo, la bomba que había causado cuatro muertos y una docena de heridos. Era yo también la que había provocado el terremoto de El-Asnam, en Orléansville, Argelia, que en unos segundos se había llevado por delante a miles de indígenas. Era yo también la que había impulsado al Irak socialista a atacar al Irán revolucionario, la que había incendiado el hotel Cosmos de Moscú, la responsable de la crisis del *Matin de Paris*, del declive del Sporting-Club Étoile de Bastía *and so on...*

Delante del Metro había un enjambre de negros, de árabes y de comerciantes franceses. Y yo, cojeando bajo la lluvia, atravesaba la calle fuera del paso de peatones con la vaga esperanza de que un coche se me echara encima. No para morirme, sólo para que me derribara. «Qué interesantes esas fantasías de violación, mi querida Lola Friedlander», hubiera dicho el bueno de Adolphe Tsoulovski.

Y aquella otra sanguijuela que me fastidiaba y me repetía con retintín que mamá tenía razón, que yo era una verdadera *Yiddishe printcess* egoísta, caprichosa, eterna-

mente insatisfecha. Y, además, aseguraba que yo me crea descendiente de la pata del Cid...

—No, de la del rey Salomón que fornicaba con la reina de Saba —balbuceaba yo entre dos espasmos, pues ahora me parecía tener un parto de riñones.

Noemí no lo encontraba divertido y con su tono sentencioso proseguía:

—Tienes que ser siempre la vedette. Nada es jamás bastante dramático para ti. Que no inventaras para hacerte la interesante! En serio, Lola, eres capaz de morirte para llamar la atención.

Paré un taxi con un gesto elocuente y, recalcando que las princesas judías mueren lo mismo que las histéricas, empuje a mi hermanastra hacia el interior del coche. Noemí era fruto de los amores postholocusticos de mi madre Mira y de Aaron Nussenberg el «usurpador», el que no fue fusilado en el monte Valerien, el que sí regresó de Auschwitz, el que yo apodaba «el vendedor de gorras», aunque sólo había vendido género de punto en los mercados. Empuje, pues, a Noemí al Citroen GS blanco y le ordené al chófer: «A Malcourt-sur-Seine.»

—No tema, señora mía, Malcourt no es el fin del mundo. Aunque a menudo, según dicen, constituye el último viaje. Malcourt, ya lo vera usted, está aquí mismo.

El chófer del taxi no cesaba de hablar y su discurso, su acento camboyano o vietnamita, las ojeadas emocionadas que me echaba por el retrovisor irritaban a Noemí, cuyos ojos verde gris mostraban unos círculos causados por la aflicción y me reprochaban mis desenfadadas confianzucas a aquel falso *boat-people* que había hecho, sin duda alguna, la guerra de Argelia en la Legión Extranjera.

El chófer encendió la radio, canturreo con Bashung: «Oh Gaby, Gaby / no deberas dejarme sola de noche / no puedo dormir / hago tonterías / ...» Y Noemí se acurruco contra mí.